

Hesse, propone le permitan partirse á Estrasburgo amenazado por la coalición monárquica y pasearse por sus muros con el sarcófago apercebido á recibir su cadáver y hecho á su medida para dentro zamparse, si marra en la defensa nacional; un cosmopolita propone la federación del Universo en que puedan federarse todos los pueblos de la Humanidad. Y, entre todos aquellos actos, resalta, como el más notable, la reconciliación de Brissot y Robespierre, quienes, juntos, bajo las amenazas del nuevo Protector, que se cree un Cromwell redivivo, echan pelillos á la mar, y se identifican en un abrazo, el cual podría parecer efusivo, pero no podría parecer eterno. Cuando hasta Robespierre y Brissot se abrazan, destinados á comerse mutuamente, como los dos perros de nuestra popular fabulilla ¿quién dejará de sentir en este momento afectos impulsivos al perdón de las injurias y al acto de las inmediatas reconciliaciones entre todos? Como hay pestes materiales en el aire ó en el agua, también hay pestes morales ó intelectuales en el corazón y en el espíritu de cada entidad social. Se conocerá la patología en política, por poco que adelanten los estudios sociológicos, como se conoce la Patología en Medicina. Y esta patología confirmará los contagios sociales, tan verdaderos como los contagios epidémicos. Reinaba entre las escenas, en que Lafayette fuera protagonista, y las escenas, en que reaparecerá la federación revolucionaria, entre la fecha del veintiocho de Junio y la fecha del catorce de Julio, un horror á la discordia y una propensión á la concordia que debía revelarse, brotando de todos los corazones, en palabras y en actos colectivos. Así explicamos el beso de Lamourette. Pertenecía este buen eclesiástico á la gente de su estado, que creía la Revolución francesa una consecuencia natural del Cristianismo revelado. Según creyente tal, lo cristianismo no tuvo necesidad alguna de apelar, ni á la Reforma, ni á la Filosofía, para convertir los dogmas y los cánones católicos en instituciones y leyes políticas, donde se hallara una perfecta felicidad y se desarrollasen todas á una las fecundas libertades mostradas al género humano en las dos cumbres de toda religión, primero en el Sinaí, luego en el Calvario. Llevado de tal fe abrazó los principios revolucionarios sin abandonar las creencias dogmáticas. En lo canónico puramente claudicó Lamourette hasta llegar á obispo juramentado, mas en lo dogmático permaneció leal á las ideas ortodoxas. Absorta su razón en la incontrastable influencia ejercida por el genio de Mirabeau sobre todos los contemporáneos de su vida y sobre todos los circunstantes al rededor de su persona, le siguió Lamourette como un sectario y le oyó como á un oráculo. El gran orador necesitaba, ó bien que le buscaran libros, ó bien que le hicieran memorias sobre las materias innumerables ofrecidas á su Verbo divino por los problemas planteados en aquella expansión del humano espíritu. Lamourette trazó todos los esqueletos de las arengas pronunciadas por Mirabeau sobre materias eclesiásticas. Dos condiciones resaltaban en el eclesiástico; pureza de vida indeleble y creencia en el dogma y en la moral y en la Iglesia inextinguible. Así debió promover y debió realizar una reconciliación muy dramática, pero muy fugaz.

Sabio, virtuosísimo, piadoso; de un monasterio salido para entrar en el clero secular ortodoxo; del clero secular ortodoxo, para entrar en el clero juramentado revolucionario; elegido arzobispo de Lyon por el voto de los fieles, rehabilitado éste en la nueva constitución de los clérigos; nunca le abandonó, entre la sucesión de todas estas varias transformaciones, la fé viva en el dogma y la caridad ardiente por el desválido. Afable con todos y sin adulación para ninguno; dotado de las unciones místicas, indispeusables al que comunica con lo invisible su pensamiento; habiendo hecho un tópicos en su elocuencia el sermón de la Montaña que predica la mutua caridad entre todos, hasta entre los enemigos; el ascendiente de su idea y de su virtud sobre un auditorio, preparado á la concordia, debió traer efectos fulminantes en aquel Congreso, incierto, móvil, impresionable, nervioso hasta la neurosis, abierto á todas las emociones, creyendo la verdad y amando el bien siempre, pero sin hallarlos nunca, por combatirlo el viento de las más contradictorias ideas en trombas y el oleaje de las más exaltadas pasiones en tormenta. Necesitábase, no sólo predicar la concordia; impeliendo á sus senos amorosos la voluntad, sino exponer una base concorde con los capitales afectos de todos, en que la concordia pudiera cimentarse. Lamourette habló primero al sentimiento y luego á la razón. Para el sentimiento, dijo que todos los males volcados sobre la patria, provenían del odio artificial entre los diputados, odio inconsciente que debía terminarse por necesidad, en cuanto la conciencia colectiva del Congreso llegase á esclarecerse; y para la razón dijo que, odiándose los diputados por atribuir á la izquierda la derecha propósitos de proclamar la República, y á la derecha la izquierda, propósitos de romper la unidad nacional y la igualdad política, jurase la una con sinceridad su Monarquía constitucional, y jurase la otra, con sinceridad también, su Parlamento único, fundiéndose y abrazándose todos, en el amor sublime á la Constitución y á la Patria. Un grito formidable de ¡Viva la Constitución! siguió á este oportunísimo discurso. Una corriente magnética, sacudió los nervios del Parlamento, logrando sugerir á todos la persuasión de qué fórmula, como la recién oída, encerraba la salud completa del pueblo. No volcar por la izquierda en el régimen republicano, la realización difícil; no volcar por la derecha en reacciones, capaces de resucitar leyes imposibles, por tal modo se hallaba en el ánimo de todos, que Lamourette ayudó con la evangélica unción suya, salida del honrado pecho, á decir cada cual con sus labios, cuanto pensaban todos en su mente. Hora tal, parecía la hora del *Agnus* en la Misa, cuando los sacerdotes se abrazan en presencia de la hostia consagrada y del caliz bendecido, pidiendo la paz al señor entre todos los hombres, por la que háse ofrecido en sacrificio el albo cordero pascual. Así la llanura, como se llamaba ya entonces una parte del Congreso, ascendió á la Montaña, como se llamaba otra parte del Congreso entonces. Bajó la Montaña, rendida por su propia pesadumbre, al llano. Sentáronse juntos dantonianos y constitucionales; robespierristas y girondinos. Brissot, resuelto á presentar leyes de guerra y desquite con empeño,



las retiró con presteza. El pueblo aplaudía desde las tribunas y aclamaba la representación popular, creyéndola digna del voto confiado á sus individuos y cumplidora fidelísima del mandato nacional. Oíanse por los aires sollozos de júbilo y veíanse repetidas evaporaciones de jubilosas lágrimas. Cada cual retiraba las palabras ofensivas al contrario y todos pedían se convocasen los cuerpos administrativos y judiciales, para que viesen la reconciliación universal y participasen del universal regocijo. Condorcet entró en este momento y Pastoret se dirigió á él. Habíanse insultado pocos días antes con las sendas plumas y lenguas; en aquel día se abrazaron entre los aplausos y las aclamaciones del Congreso y del concurso, á una delirantes. Improvisada comisión salió en busca del Rey. Luis XVI, recibió la comisión en el acto, y se fué desalado al Parlamento. Su entrada en el salón de sesiones, apareció como un triunfo inenarrable. Todos los brazos se agitaban en manifestaciones de aplauso y todos los pechos proferían gritos de entusiasmo. Lloraban las mujeres de satisfacción y los hombres juraban morir por una patria tan unida y tan grande. La intensa emoción se pegó al Rey, quien pudo con este motivo y en este momento, hablar cuatro palabras, fenómeno extraño en el silencio forzoso á que le condenaba su irremediable timidez. No se puede calcular el mágico prestigio de las monarquías seculares sobre los pueblos europeos, como considerando que nunca un discurso de Mirabeau y de Vergniaud produjera con toda su maravillosa elocuencia, el efecto producido en los ánimos por las descosidas y poco sinceras palabras del Rey, aclamando con los labios la Constitución que aborrecía en su pecho. Los jardines de las Tullerías, cerrados desde la noche del veinte, se reabrieron al público en aquella mañana y el público se puso bajo los balcones del Palacio, á dirigir vítores y vivas á sus Monarcas.

La concordia no duró ni todo el día entero. Por la noche se rompió el encanto de la mañana. En aquella fragmentación del poder público mandaba, por un lado el Ayuntamiento; mandaba por otro lado el Congreso; aquí daba una disposición cualquier ministro, entrando en las prerrogativas de su vecino; allí cualquier comisión parlamentaria, recogiendo parte del poder ejecutivo, que no le pertenecía por ningún camino; el Rey, á lo mejor, ignoraba sus facultades, y se metía en lo excusado á su autoridad, resultando con todo este aquelarre una inextricable anarquía. Si el poder fuera uno, meditara sobre los peligros de suspender á Pétion, en medio de su popularidad, después de haberlo nombrado la corte con perfidia, y no intentara temeridad tan terrible como la suspensión de un hombre á quien denominaba el sentimiento público rey de París. Pues todavía estaba el aire cargado de voces y lágrimas jubilosas, cuando, al abrirse la nocturna sesión del Parlamento, se descuelga Luis XVI con un verdadero mensaje solemnisimo, en el cual dice que la comisión del Departamento ha resuelto suspender al buen alcalde, y como le haya notificado el hecho, lo transmite al Congreso para que decida y resuelva. El Congreso nada resuelve, y pasa con desdén á la orden del día; pero, como la medida era una medi-

da de suspensión, suspenso quedaba el popular alcalde, maquiavélica hechura de la corte, ídolo verdadero de la capital. Y esto sucedía tras la despedida de los ministros girondinos; tras las amenazas de Lafayette insubordinado; tras la negativa de sancionar los decretos dados sobre los sacerdotes refractarios y el campo de los federales; tras aquellas acres palabras con que despidió al magistrado popular el regio magistrado; tras los innumerables rumores difundidos sobre otra fuga del Rey, á quien ofrecían medios y más medios de fugarse la lealtad del general Lafayette y la facundia de Madame Staël, personajes tan poderosos en la sociedad y tan célebres en la Historia. No puede uno menos que indignarse contemplando cuál carencia de razón acusa el nombrar con votos de monárquicos á Pétion, para luego vejarlo en su alcaldía. Pues qué, ¿no estaban al cabo los Reyes de cómo solía gastarlas el redomado girondino, y tenérselas tiesas á todos los poderes del mundo, si á sus ideas y convicciones los juzgaba contrarios? Acompañó á la familia real desde su cautiverio rápido de Varennes á su cautiverio eterno de las Tullerías: si llegaban los cautivos á un mesón lleno de piojos, decía cuánto se alegraba de que viesen sus reales personas cómo se hospedaban en Francia las gentes humildes; si tomaban algún tente en pie, como solemos llamar los fiambres de un viaje, arrojaba los huesos de las gallinas frías y los alones chupados por las ventanillas del coche, á riesgo de que dieran en las narices de SS. MM. y les mancharan los trajes; al Rey le hablaba de República y decía de sí mismo, á boca llena, ser de nacimiento un republicano: buscaba las cosquillas de una santa, como la princesa Isabel, y aseguraba con descaro en sus «Memorias» haberse prendado la casta é inocente mujer de su figura; callaba, mostrándose indiferente á las injurias vomitadas por los tumultuados sobre la faz de los Monarcas; y le buscan éstos y lo eligen para un cargo, como la terrible alcaldía de París, conociendo de antemano á ciencia cierta, que haría todo lo hacedero en sus medios para soterrar la Realeza y traer en momento peligroso é inoportuno la República. De haberle nombrado, había que seguirle, aunque fuese con perfidia, y en sabia congruencia con tal arranque pesimista; pero nombrarlo, cometer este crimen verdadero contra sí propios, y después de cometido tal engaño, no servirse de sus recursos y de sus medios, no atraérselo con dádivas consiguientes á la primera dádiva del poder popular, y muy lejos de tal conducta, perseguirlo, acosarlo, ponerlo en el trance de tener que partir en guerra contra ellos, era un acto de tal demencia, que delataría los Reyes de locos, si todo su proceder y toda su doctrina y toda su política ne les delatase de tontos rematados, á quienes, en el concepto de las buenas gentes y en el juicio de la serena Historia, rehabilitaron los dolores sufridos en su cruenta pasión y la sublimidad incomparable de su muerte y fin en el patíbulo convertido por el sentimiento universal de la humanidad en un altar verdadero.

Los reyes, que necesitaban ganar dos meses para tener en la frontera los únicos auxiliares de su confianza, los extranjeros, irruptores en armas, no mostraban la mayor habi-